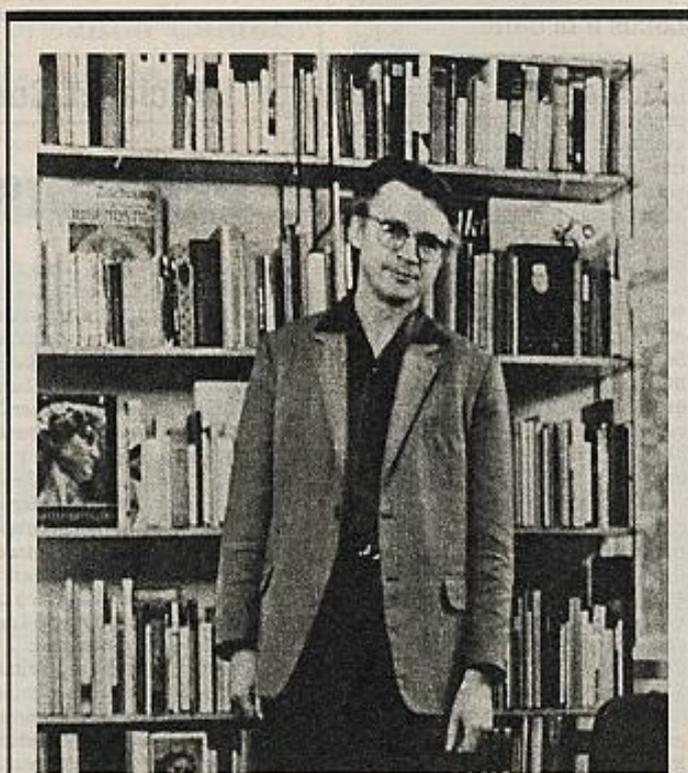


En un artículo anterior expusimos las circunstancias, harto especiales, en que Rudolf Bahro escribió su "Crítica del socialismo real", así como el precio que tuvo que pagar por su esfuerzo: ir a la cárcel acusado de espionaje. La historia de este libro puede servir de proemio a la problemática del llamado "socialismo real". Pero, se preguntará el lector, ¿cuáles son, en concreto, las ideas de Bahro, que han producido tanto revuelo en los medios de izquierda de Alemania Occidental y tan violenta reacción en la RDA? Bahro es un comunista que se atreve no sólo a criticar el modelo soviético, sino que, partiendo de la sociedad plenamente burocrática, concibe incluso "una estrategia para una alternativa comunista". ¿Qué aspecto tendría un socialismo de verdad, que arrancase de la actual sociedad burocrática? ¿con qué fuerzas sociales habría que contar para llevar a cabo tan profunda transformación? Para Bahro, como para el viejo Marx, la crítica de las relaciones dadas sólo es cabal si contiene una concepción de la nueva sociedad, así como el modo de llegar a ella, teniendo en cuenta los condicionamientos objetivos que imponen las leyes generales de desarrollo histórico, propias de cada formación social.

Aunque Bahro utiliza la denominación oficial de "socialismo real" para designar a los países del Este, parte, desde luego, de negar el carácter socialista a una sociedad que mantiene el trabajo asalariado, la producción de mercancías y la división del trabajo; que, en consecuencia, conoce una desigualdad social mucho más profunda que la que se expresa en las ya considerables diferencias de sueldo, y que se ha visto obligada, para subsistir, a liquidar los derechos y libertades fundamentales de la persona, colocando a toda la población en una situación de dependencia, bajo la tutela del Estado. Bahro insiste en la necesidad de romper con todas las teorías del "socialismo deformado", para reconocer el hecho fundamental de que, si bien la sociedad posrevolucionaria no puede subsumirse en el capitalismo, tampoco tiene nada que ver con el socialismo. Se trataría de una nueva —y para el marxismo inesperada— formación social, que es preciso comprender en su originalidad, estudiando las causas históricas que han determinado su surgimiento.

Cierto que la única novedad de esta tesis, que Bahro se apresura a fundamentar recurriendo al modo de producción asiático, que habría caracterizado a la Rusia zarista hasta bien entrada el siglo XIX, es su formulación en un país del bloque so-



Rudolf Bahro: una estrategia para una alternativa comunista.

LAS IDEAS DE BAHRO

IGNACIO SOTELO

viético. En el mundo occidental, desde los años treinta, ha sido planteada de distintas formas: incluso apelar al carácter semiasiático de la Rusia zarista para dar cuenta del estalinismo, ha gozado estos últimos años de especial prestigio. Recientemente, Bernd Rabehl presentaba la traducción alemana de un folleto aparecido en inglés que, con el título "Historia de la diplomacia secreta en el siglo XVIII", escribió Marx en 1856 (1). En él se ocupa del origen asiático del despotismo ruso, exponiendo ideas tan opuestas a las que luego el joven Lenin iba a defender en su polémica con los populistas, que se comprende que se hayan olvidado de recogerlo en las "Obras de Marx y Engels", publicadas en la Unión Soviética y en la Alemania Oriental. Después de haber quedado patente que Stalin tendría bien poco que ver con Lenin, la nueva izquierda se apresura a mostrar lo poco que tendría que ver Lenin con Marx.

Al negar el carácter socialista de los países del bloque oriental, sin por ello reducirlos

(1) Karl Marx: "Die Geschichte der Geheimdiplomatie des 18. Jahrhunderts". Berlín, 1977.

a un "capitalismo de Estado", se da una llamativa coincidencia en los planteamientos de Bahro y los de la nueva izquierda marxista. Ambos admiten la existencia de una nueva formación social, que es preciso estudiar a partir de las relaciones de producción específicas que estarían en su base. Los eurocomunistas, en cambio, se mantienen aferrados a la tesis del carácter "socialista" de estos países, aunque acepten que se trata de un "socialismo burocráticamente deformado". La "base" sería plena y cabalmente "socialista"; los incordios aparecerían exclusivamente en la esfera de las "superestructuras ideológicas y políticas", estirando infinitamente el grado de su posible autonomía. Un análisis marxista de la sociedad posrevolucionaria exige examinar la base socioeconómica sobre la que se levanta el aparato burocrático. Al renunciar el eurocomunismo a semejante análisis, termina por aceptar implícitamente la sociedad colectivo-burocrática, tal vez con algunos retoques, pero sin poder proponer alternativa alguna.

Por el contrario, lo que Bahro pretende es una crítica marxista de la sociedad burocrática para, desde su interior,

diseñar una alternativa posible, así como el modo de llegar a ella. La pregunta clave reza: ¿Cuáles son las relaciones de producción propias de esta nueva formación, que darían cuenta de las que, desde una óptica socialista, aparecen como "deformaciones burocráticas"? La eliminación de la propiedad privada de los bienes de producción, al no implicar una verdadera socialización, no ha modificado la antigua división del trabajo, ni, por consiguiente, el aparato estatal que aquella creó. La permanencia de la vieja división del trabajo, en la base de la organización social, es el carácter general que define a la nueva sociedad burocrática.

Con la "vieja división del trabajo" se alude al hecho de que el individuo queda supeditado a una determinada actividad, que le constituye como persona y como miembro de la sociedad. Deja así de ser hombre y ciudadano, para convertirse en simple portador de una actividad profesional —trabajador manual, secretaria, político y general— que condiciona su personalidad psicosocial y determina su posición social. Lo que critica Bahro no es la especialización misma, posiblemente imprescindible a un determinado nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, sino la jerarquización de las distintas actividades profesionales. La "división vertical del trabajo" supone vincular funciones a conocimientos, éstos a competencias, las que a su vez conllevan una posición en la escala social. Ahora bien, mientras que la división del trabajo dé origen a una jerarquía social, habrá clases antagónicas. En el origen de la división vertical del trabajo y correspondiente división clasista de la sociedad, yace la división fundamental entre trabajo manual —subordinado y dependiente— y trabajo intelectual —directivo y creador— que el socialismo prometió superar un día.

Suprimir la propiedad privada, conservando la misma división vertical del trabajo que desarrolló el capitalismo, supone convertir al aparato estatal en patrono único y absoluto de toda la sociedad. En vez de desaparecer la sociedad clasista, se cimenta en una nueva reestructuración burocrática. Principio social básico es ahora el de subordinación. En el escalafón, cada individuo tiene su jefe responsable, así como el marco limitado y preciso de su actividad. El sistema de la subordinación absoluta se traduce, en la práctica, en el de la "irresponsabilidad organizada": en casos no previstos estatutariamente, o sin el visto bueno del jefe, nadie está dispuesto a dar una opinión o tomar una inicia-

tiva. En la falta de libertad, en la dependencia absoluta, se consigue una primera igualdad social, que sólo deja fuera al grupo privilegiado de altos funcionarios, que constituye la clase dominante de esta nueva formación social.

Precisamente porque Bahro parte de un análisis de la base socioeconómica, puede concluir señalando que, para superar este tipo de formación burocrática, no basta una revolución política, que posibilite el control social de los aparatos burocráticos, sino una auténtica revolución social, que transforme las actuales relaciones de producción, eliminando la división vertical del trabajo, así como los mecanismos sociales y culturales que implican su sistemática reproducción. Del socialismo está tan lejos el capitalismo avanzado como el colectivismo burocrático, y desde ambas formaciones resulta inalcanzable sin una profunda revolución cultural.

La segunda parte del libro de Bahro se ocupa del análisis de

las relaciones burocráticas del "socialismo real", teniendo como trasfondo la experiencia vivida del funcionario medio. La crítica del burocratismo colectivista adelanta una cata de lo que nos espera de seguir afianzándose los aparatos burocráticos en el capitalismo avanzado. Para el lector español resultarían seguramente aleccionadoras las espléndidas páginas dedicadas al Partido Socialista Unificado de la RDA. En ellas se muestra la lógica y paradojas de una burocratización absoluta, que en sus tendencias embrionarias empezamos a observar también en nuestros partidos políticos, ya tan burocratizados, a pesar de su reciente legalización y pésima organización. Tanto al Este como al Oeste, en oponerse a la burocratización consiste la lucha por el socialismo.

La tercera y última parte intenta dilucidar qué grupos y fuerzas sociales pueden detactarse en el "socialismo real", capaces de enfrentarse a las burocracias, con el fin de llevar

adelante un programa de transformación socialista. Es, sin duda, la parte más original, pero también la menos convincente. No es empresa fácil imaginar una estrategia liberadora, partiendo de la subordinación total que supone el colectivismo burocrático. Sin poder extendernos en acotaciones críticas, para terminar, un resumen sucinto de la "revolución cultural" que propone Bahro.

En la sociedad poscapitalista; en la que toda la población es asalariada, el concepto de clase obrera ha perdido todo valor operativo; si se mantiene es por su función legitimadora del poder burocrático. En el "Estado obrero", el obrero tiene tanto que decir como el soldado en el Ejército. Tan inverosímil como que el soldado pueda rebelarse contra los mandos, resulta el que el obrero pueda hacerlo contra el aparato burocrático, que le dirige y encuadra. Implícitamente rechaza Bahro la concepción trotskista de una posible revolución política de la clase obrera contra el aparato bu-

rocrático. Tampoco acepta a los cuadros medios, o a los intelectuales, como sujetos históricos de la emancipación. En la sociedad poscapitalista no hay clase ni capa social alguna que pueda definirse por su misión específicamente emancipadora.

Dos fenómenos considera Bahro propios de las relaciones de producción, que definen a la sociedad burocrática: primero, la producción masiva de una "conciencia excedente" en el proceso global de reproducción de esta formación social; segundo, el papel central que en la misma desempeña el partido. Bahro distingue entre "conciencia absorbida", cantidad de energía psicosocial que se emplea en la reproducción del sistema, y que se traduce en comportamientos de carácter subalterno, subordinación enajenante que caracteriza al sistema, y "conciencia excedente", cantidad de energía psicosocial que, de manera creciente, no se vincula al trabajo necesario ni al saber jerárquico, sino que constituye un excedente intelectual, emocional y moral que no encaja en las relaciones sociales dominantes. Claro que el sistema pretende canalizar esta "conciencia excedente" en las actividades sustitutorias del tiempo libre —"intereses compensatorios"—, pero no puede evitar que una parte cristalice en "intereses emancipatorios", que se centran en el afán de realización de cada persona, es decir, en la apropiación de una "cultura", cuyo último fin es la superación de toda limitación y subordinación, haciendo posible un mundo en el que quepa el libre desenvolvimiento de la persona.

El partido, como puntal básico de toda la organización burocrática, es el factor que con más ahínco se opone a la cristalización política de esta "conciencia excedente", que no es propia de una clase o capa social determinada, sino que aparece en individuos aislados, que se encuentran en las más variadas actividades y a los niveles más distintos en la escala social. Pero, a su vez, sólo si los portadores de la "conciencia excedente" logran organizarse en un partido de vanguardia, cabe que lleven con éxito una política emancipatoria. Bahro concluye en la paradoja de condenar al Partido Comunista, totalmente burocratizado, que sería resorte principal de opresión, para proponer un nuevo Partido Comunista, integrado por hombres libres de toda condición, que no pueden dar otro sentido a sus vidas que luchar por la libertad. Lo que no se nos da es la garantía de que el nuevo partido ideal no se convierta un día en el partido real que hoy deploramos. ■

En el "Estado obrero", el obrero tiene tanto que decir como el soldado en el Ejército.

